

Políticos mexicanos

Emmanuel Carballo

Al abarcar diversas épocas del siglo XX mexicano, Emmanuel Carballo nos propone una serie de postales que reflejan las diversas temperaturas y temperamentos presidenciales, al tiempo que evoca y hace referencia a la vida cultural de nuestro país.

LAS LETRAS Y EL PRI

Si se aplicaran ciertas ideas políticas a la realidad literaria los resultados podrían ser éstos: en los años diez y veinte los novelistas de la Revolución no se preocuparon en sus obras por hablar de democracia. Su objetivo consistía en sepultar el antiguo orden y sustituirlo por otro más humano, justo, equitativo, que diera igual trato al indio que al blanco, al agricultor que al comerciante, al obrero que al industrial.

Derrotado Porfirio Díaz y su cuerpo de ideas políticas y económicas hubo tiempo suficiente para reorientar al país y celebrar elecciones transparentes e impecables. No hubo tiempo para instaurar la democracia porque los ideólogos de la Revolución creyeron que era mejor construir un Estado en que existiese el partido único y no el pluripartidismo que exige la democracia.

Por otra parte, los novelistas hablaron de proezas bélicas y olvidaron que la sangre vertida en campaña era una contribución, anónima, para establecer un régimen en que contaran los puntos de vista de las mayorías sin voz ni voto.

En los años treinta, y para ser preciso de 1934 a 1940, se estableció en México un gobierno, el de Lázaro Cárdenas, que trató de trasladar ciertos mecanismos básicos de la Unión Soviética, un estado socialista, a un estado burgués, mediante una extrapolación reñida con la lógica más elemental: planes quinquenales para que cre-

ciera la economía, socializar la enseñanza, nacionalizar los recursos no renovables y algunos servicios básicos, literatura comprometida obediente a los postulados fundamentales del gobierno y hábil por supuesto para el exterminio de la libertad artística indispensable. Éstos fueron algunos de los recursos empleados por el gobierno del presidente michoacano.

Pongo un ejemplo de la dependencia de la literatura respecto a la política. En la prosa narrativa de amplio aliento surgieron la novela del reparto agrario (en la que se idealiza al campesino y se caricaturiza a los dueños de la tierra), la novela de la expropiación petrolera (en la que se ataca a las empresas foráneas y se rinde culto a los obreros mexicanos), la novela del indio (que idealiza a nuestras etnias en detrimento de sus explotadores), la novela del movimiento obrero (que pone en la picota a los propietarios de los negocios y exalta las virtudes del sindicalismo combativo), obras unas y otras que son documentos políticos más que auténticas obras de arte, obras conducidas por personajes arquetípicos y no por personas de carne y hueso. Ante ellas estamos frente a consumadas muestras de propaganda más que ante reposados monumentos literarios.

A partir del término del periodo de Cárdenas las letras mexicanas se levantan de su postración y comienzan a dar lentamente frutos esmerados y valiosos. Vuelve a ondear la literatura imaginativa y el documento huye

para volver a aparecer muchos años después. Un documento de signo político contrario.

De aquí en adelante el escritor mexicano que no cree en el PRI, aunque tampoco en los partidos de oposición, se comporta como un verdadero creador. No le dictan cuáles deben ser los propósitos que persigan sus obras: actúa con absoluta libertad. Si acierta, el acierto es suyo, y si se equivoca la equivocación sólo a él es imputable.

Las letras mexicanas, de entonces a ahora, se manifiestan sin ninguna traba que ponga candados a su libertad de expresión. El PRI y el gobierno que surge de él permiten expresarse a los escritores con absoluta libertad, sin ninguna cortapisa. Es más: el escritor puede, si así lo desea, atacar el sustento ideológico del partido en el gobierno. Parece que tampoco tendría problemas si su literatura llega al límite de lo erótico y se convierte en pornografía o si se propone demoler las creencias religiosas del pueblo mexicano.

Todo se puede intentar no con los ojos puestos en la creación de un panfleto, sino en la redonda perfección de la obra de arte. (1990)

PEQUEÑA RADIOGRAFÍA DE LÁZARO CÁRDENAS

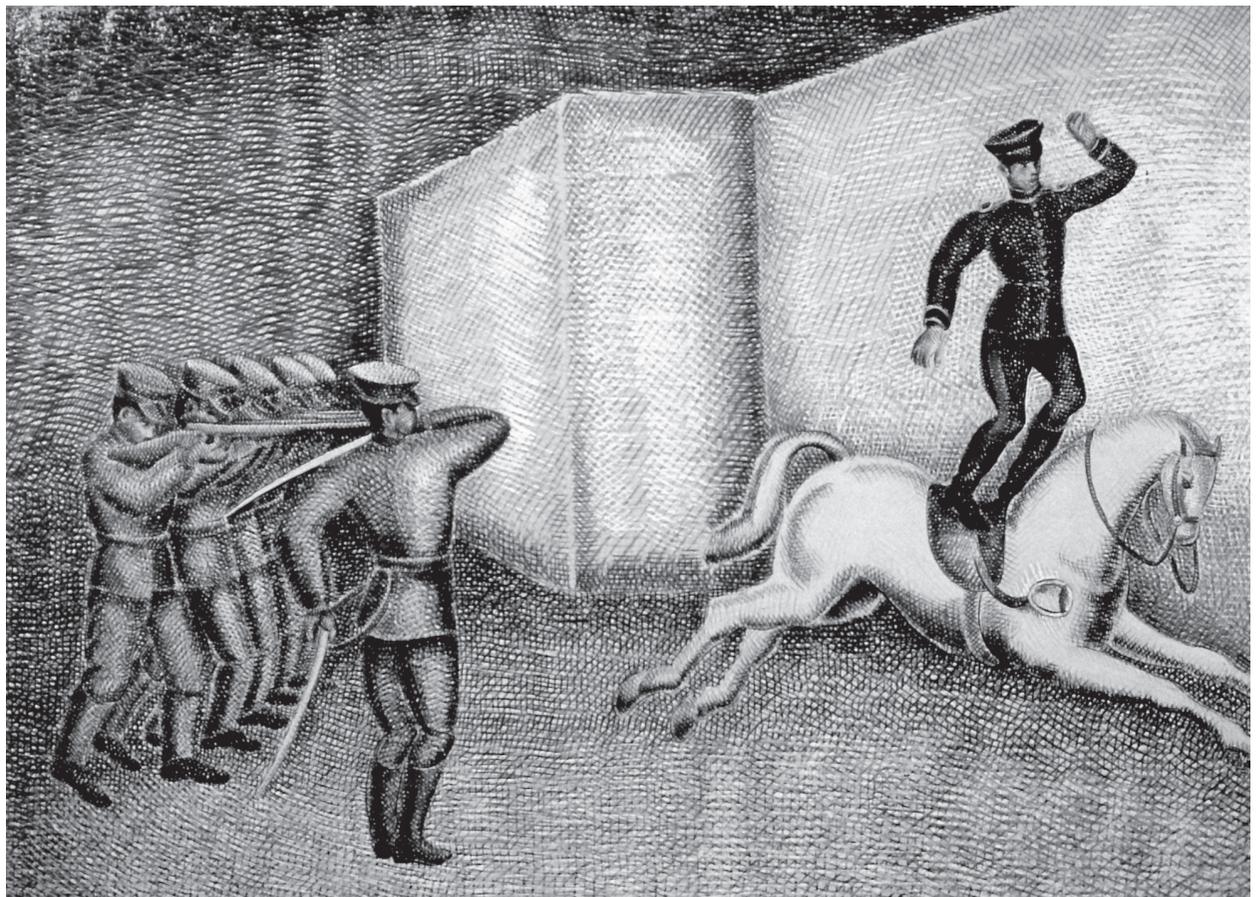
Lázaro Cárdenas llega al poder el primero de diciembre de 1934 en condiciones precarias, supeditado a la voluntad casi omnímoda del “jefe máximo” Plutarco Elías

Calles. La economía del país es desfavorable, la intranquilidad social es la temperatura común de los mexicanos, y los distintos grupos que hicieron la Revolución aún luchan por apoderarse de los negocios públicos. Que el nuevo presidente trace una línea de gobierno firme y que abarque los siguientes seis años parece una tarea imposible. Se sospecha que se someterá a la voluntad de Calles.

Las predicciones de los profetas resultaron fallidas. “Por motivos de salud pública” Cárdenas expulsa a Calles del país y arrincona a sus partidarios más empecinados y menos flexibles. Dueño de su destino se dispone a gobernar según sus propios dictados.

Socializa la educación, impulsa la construcción de carreteras, monolitiza la línea política de ambas cámaras legislativas, patrocina la reforma agraria, nacionaliza los ferrocarriles, funda el Banco Nacional de Comercio Exterior, expropia los bienes muebles e inmuebles de las compañías petroleras foráneas, aplasta la sublevación de Saturnino Cedillo, crea el Instituto de Antropología e Historia, brinda su apoyo a la República Española y después abre las puertas a los republicanos vencidos, concede asilo a Trotsky, condena al nazismo y al fascismo, quema injustamente el futuro político de Francisco J. Múgica (hombre de izquierda) y elige como sucesor al bonachón y derechista general Manuel Ávila Camacho.

El suyo es un gobierno que se identifica con los campesinos y los obreros, con los indios y, en general, con



Agustín Lazo, *Fusilamiento*, ca. 1930-1932

las mayorías explotadas. De paso pone las bases sobre las que se desarrollará la burguesía nacional y abre nuevas posibilidades de vida a la clase media. Un gobierno tan bonapartista como el suyo, que de un modo o de otro reivindica los intereses de explotados y explotadores terminará, a largo plazo, por beneficiar a los grupos más fuertes y hundir (aunque parezca paradójico) a los más débiles. A sesenta años de concluido su sexenio se puede decir que la administración cardenista ayudó más a la oligarquía criolla que a los desposeídos. Esto no quiere decir, por supuesto, que de 1940 a 1970, el año de su muerte, no continuara sintiendo un verdadero y poderoso amor por los pobres de ésta y de todas las tierras.

Personalidad carismática y contradictoria, Lázaro Cárdenas conoció desde su llegada al poder hasta el último día de vida la admiración y el rechazo, el elogio exagerado y la censura envenenada. Más allá de los extremos que como las paralelas no euclidianas llegan a tocarse, su figura está por encima de las banderías y las tácticas de lucha, caedizas y muchas veces irracionales, de la derecha y la izquierda. La suya es una figura magnífica pero incompleta. Se propuso abarcar tanto que se quedó a medias en casi todos los órdenes. Es un precursor, un descubridor, no un libertador ni un colonizador. Como Moisés, llevó a su pueblo a las fronteras de la tierra prometida, pero su destino histórico no iba más allá: contempló el futuro, pero no pudo (era demasiado temprano) convertirlo en presente.

Quizás esta limitación de su trayectoria política, a la que se agregan los días y desengaños que tuvo que padecer después de cumplir los cuarenta y cinco años, edad en que abandonó la presidencia, expliquen sus actitudes políticas no siempre justas, sus juicios no del todo exactos y sus declaraciones más de una vez ambiguas o equivocadas.

Durante treinta años de actuar como ex presidente, como héroe nacional confinado en un museo de figuras de cera (triste final de los mandatarios que han cumplido su compromiso con la nación), Cárdenas cosechó aciertos y desaciertos, pronunciamientos erróneos y actitudes afortunadas en defensa de las causas populares mexicanas e hispanoamericanas.

Impedido a ejercer la acción por representar entre nosotros el papel de símbolo, no pudo traducir en hechos algunas de sus ideas más significativas. Además, y quizá por soberbia, en sus últimos años no pudo o no quiso comprender el mundo político y económico que lo rodeaba: se permitía dar consejos, y éstos no reflejaban la realidad de esos años sino la realidad que trató de modificar en sus días de presidente de la República.

Sus puntos de vista eran respetables no sólo por sus señalamientos hacia el futuro sino por la autoridad moral de quien los hacía públicos. Aun en sus equivocaciones

y verdades a medias, Cárdenas aparecía ante su auditorio como un ser más allá de la política menuda y los intereses bastardos, como un patriota que había visto pasar su edad de oro. (2000)

DÍAZ ORDAZ VENGATIVO Y SANGUINARIO

Durante el mandato de Gustavo Díaz Ordaz, 1964-1970, aparecen en México problemas que antes no se habían presentado a los gobiernos de la posrevolución. Las soluciones dadas a estos conflictos rompen violentamente con las reglas tácticas y estratégicas de la política mexicana basada en la habilidad, el doble juego, el respeto por las formas, la dureza ejercida con rostro humano y la chapucería retórica progresista tras de la cual encubre su subordinación al capital local y externo. El gobierno de Díaz Ordaz, viniese o no a cuento, fue directo, implacable, vengativo y sanguinario. Sordo y ciego impidió el ejercicio del diálogo. (1970)

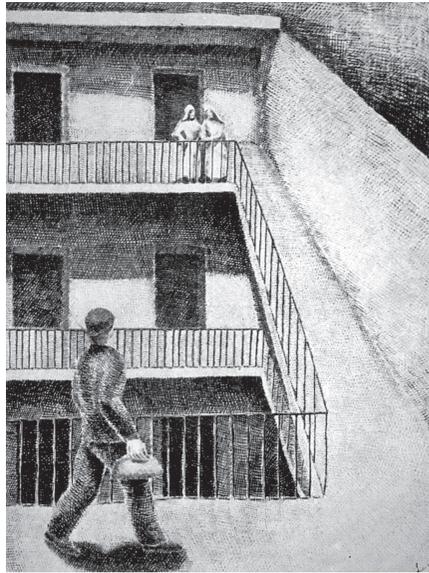
ZEDILLO A LA VISTA

El PRI no puede ni debe seguir actuando como un superpartido: ya vio pasar sus años más venturosos. Sus métodos de campaña quizá fueron útiles cuando contendía con paleros más que con auténticos opositores.

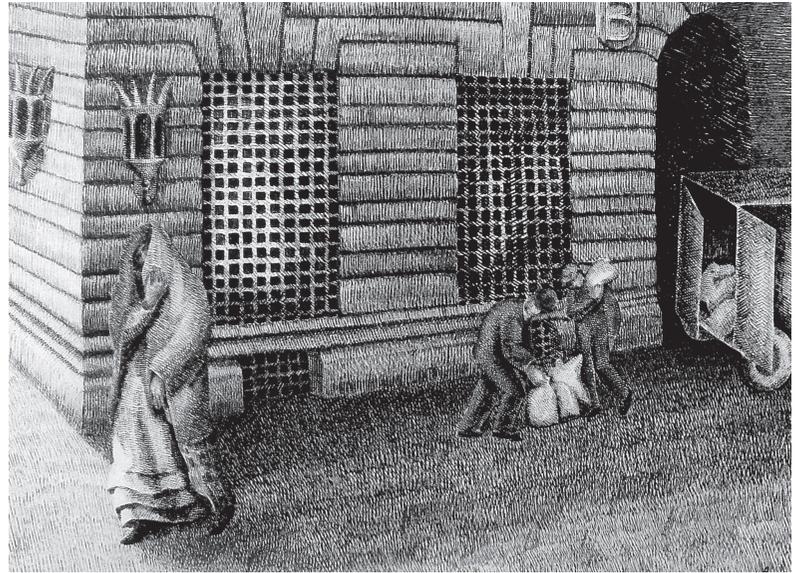
La manera de hablar del candidato peca de vaga, de genérica y poco comprometida. No se dirige a hombres de carne y hueso, atormentados por la recesión económica, asustados por la descomposición paulatina del Estado de Derecho y preocupados, en todos los órdenes, por el día de mañana. Nos habla como a hombres felices que estuviéramos en brazos de la mujer amada.

El candidato no maneja una voz agradable y homogénea. A ratos es aflautada, a ratos de adolescente a punto de emitir un gallo, a ratos de adulto reposado, eficiente y triunfador. Además carece de intensidad, intencionalidad y gracia. No lo imagino contando una vulgaridad, un acto de heroísmo o un chiste de dudosa prosapia. Sus ademanes son de orador juvenil o de declamador sin maestro. Mueve constantemente las manos. Da la impresión de que no sabe qué hacer con ellas. No mira, y para mí es otro defecto, de frente y con descaro al ojo de la cámara: le tiene respeto, otros dirán que miedo.

Creo que sus consejeros le deben dar más libertad de movimientos (parece encorsetado), mayor oportunidad de que muestre su verdadera personalidad (que por lo poco que se ve, allá en el fondo, resulta agradable) y que hable no sólo de los macroproblemas económicos sino que se refiera a ese probable México en llamas que sólo él podría apagar. Todavía es tiempo, quizá. (1994)



Agustín Lazo, *Las doce menos cuarto*, 1932



Agustín Lazo, *Robo al banco*, ca. 1930-1932

¿FOX, COMUNICADOR O PRESIDENTE?

Los teóricos antiguos de la oratoria (Aristóteles, Cicerón, Quintiliano) contemplan en el discurso tres momentos: la invención, la disposición y la elocución.

La invención reúne todos los datos, todas las ideas, todos los argumentos, en síntesis todos los materiales necesarios para componer el discurso.

La disposición tiene que ver con la estructura, con el diseño del discurso. Siempre que un orador se propone componer un discurso necesita, primero, captar la atención de los oyentes y encaminarlos a favor suyo: hecho esto, deberá exponer el asunto que va a tratar, explicándolo con la claridad suficiente; después le corresponde probar lo que se ha propuesto sostener, y una vez conseguido conviene que haga un resumen de lo dicho, añadiendo algunos rasgos vivos y enérgicos que dejen una impresión profunda en el auditorio para que, de ese modo, la persuasión sea completa.

La elocución se relaciona directamente con el estilo. Cuando el orador ha encontrado las cosas que quiere decir, cuando las ha colocado en el orden conveniente sólo le resta embellecerlas.

El éxito de la oratoria no reside en cualidades puramente literarias sino también en atributos extraliterarios.

Al referirse a las cualidades del orador, y después de detenerse en el aplomo personal, la autoridad moral que le confiere su sólida fama pública, la instrucción profunda y vasta, los preceptistas señalan la pronunciación y la presencia física: aquella no debe ser en ningún caso defectuosa y ésta, cuando es bella, nunca daña. La voz tiene tanto poder en la oratoria que sin ella los más hermosos rasgos del ingenio y el estudio se pierden; con ella, por el contrario, adquieren algún valor las cosas más débiles: basta el sonido de las palabras para conmover y arrastrar a los oyentes.

La pronunciación constituye en cierto modo la forma exterior y material de la composición oratoria o, como dice Cicerón, la elocuencia del cuerpo. Una excelente pronunciación puede dar apariencia de buen discurso a uno mediano o malo, y una pronunciación viciosa puede destruir el valor del discurso más elocuente.

Aplico al segundo informe a la nación de Vicente Fox los preceptos a que debe atenerse un orador en cualquier discurso, máxime si éste es una pieza dirigida a varios millones de oyentes. Los preceptos a que me refiero están tomados de teóricos del siglo XIX y de la centuria pasada.

Desde la década de los ochenta del siglo XX la oratoria más significativa se produce en la televisión y la radio, no en el poder público. Sus fines, en orden decreciente, son los de divertir, vender productos tangibles o intangibles y domesticar al usuario y convertirlo en defensor a ultranza de sistema. Hoy nuestros Altamirano, Zarco, Bulnes y Sierra son gente como Zabludowsky y López-Dóriga, quienes se han propuesto convertir la “información” en una tramposa toma de conciencia inmovilista.

Fox como comunicador es más apto y convincente que sus competidores políticos y de los medios masivos. Si falla en la “invención” (sustituye la cultura por el *marketing*), si descuida puntos esenciales de la “disposición” para atraer hacia su discurso a los oyentes más reacios debido a que prefiere la banalidad a la trascendencia, en lo que toca a la “elocución” es más competente que mandatarios anteriores como De la Madrid, Salinas y Zedillo.

Fox, que comienza a destiempo a ejercer el arte de gobernar, que ha abandonado el tono rústico e intemperante, y que debe abandonar sus botas anacrónicas, se nos presentó en el informe como un político en el que la astucia quizá pueda vencer su habitual torpeza, como un presidente que desea gobernar y no como un orador devoto de cámaras y micrófonos. (2002) **U**